Historia y alienación

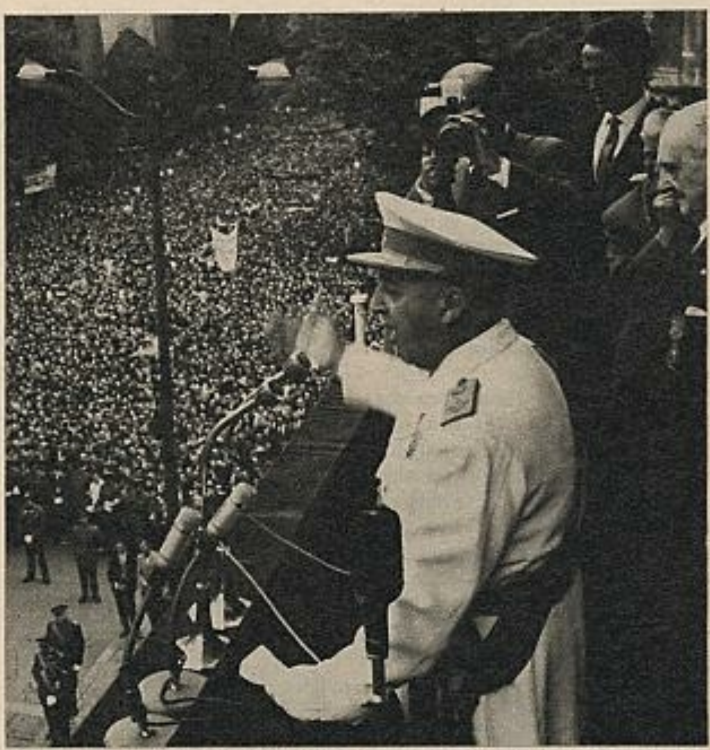
De la sociologia a la historiografia del franquismo

ALFONSO ORTI

PESADILLA sin término para muchos, el franquismo empieza, al fin, a convertirse también en un objeto de reflexión teórica. Mientras se intenta encontrar la salida —o taponarla— de esa cámara atemporal y anecoica —rebautizada ahora, en un acto de fe sobre su agonía, como **bunker**—, en la que el Régimen casi consiguió secuestrar la historia de los españoles, parece haber llegado el momento de los primeros estudios globales sobre los fenómenos diferenciales —¿monstruos contingentes o necesidades históricas?— de tan dilatada autocracia. Sobre la "aberración" del comportamiento político del ciudadano representativo de la época franquista, en comparación con las pautas típicas de ciudadanía en los países liberales de Occidente, se funda la presente interpretación sociológica de la España de Franco, fechada por sus autores —los sociologos López Pina y Aranguren, de la Universidad Autónoma de Madrid—, de forma significativa, en diciembre de 1975. (1) "Crónica de una época infeliz", el estudio constituye —desde un punto de vista teórico— un ensayo de "estructuración del conjunto de actitudes políticas" del "español medio" bajo el Régimen de Franco, que culmina —finalmente— en una definición de su peculiar naturaleza como modelo de dominación. En este último sentido, los autores concluyen contrastando críticamente su propia caracterización del franquismo con una muestra representativa de las diversas interpretaciones ideológicas del mismo circulantes por los medios académicos del interior (a saber, las favorables, de Rodrigo Fernández Carvajal y Ricardo de la Cierva, que lo conciben como una "dictadura constituyente y de desarrollo" o como "un reinado según el patrón ilustrado del siglo XVIII' las que se pretenden neutral valorativas de Juan Linz y Amando de Miguel, que lo caracterizan, des de una perspectiva científico política-tipológico-descriptiva, co mo "un régimen autoritario no fas cista", complementado —según De Miguel— por una sociedad igual mente autoritaria; por último, las radicalmente hostiles de Dionisio Ridruejo, Ramón Tamames, Salvador Giner y Eduardo Sevilla-Guzmán, que lo condenan como "una dictadura personal sin plazo", "de la derecha tradicional", constituida por "un absolutismo despótico y una dominación de clases").

Por su parte, la metodología de López Pina y Aranguren para elaborar su propia interpretación ha consistido en una revisión a fondo del material sociológico empírico disponible sobre las actitudes políticas —a nivel de encuesta estadística codificada— de los españoles de los años sesenta, realizando de forma sistemática 'la masa de datos de una serie de encuestas realizadas entre 1960 y 1973. La imagen resultante de la "puesta en estructura" (utilizando la intencional fórmula de Lévi-Strauss) de estas **series** de datos refleja, como era de esperar, el impresionante **vacuum** político de los entrevistados españoles: altas tasas de no-respuesta a las preguntas más complejas e inquietantes, falta de información e interés, apatía política generalizada. Más aún que de una mayoría **silenciosa** (que calla y asiente), se trata —puntualizan los autores— de una mayoría **ausente** (que se margina y **deniega** la realidad política).

Lo sorprendente es que tan previsibles resultados provocan la perplejidad de algunos de los mismos sociólogos colaboradores en las encuestas de estos años, ante la frustración de las expectativas de que el acelerado crecimiento económico de los años sesenta concluyese catalizando un correlativo "desarrollo político" (esto es, una restauración de la democracia liberal). Para estos sociólogos, la patente falta de correlación entre desarrollo económico y desarrollo político contrariaba los postulados básicos de la teoría de la **modernización política,** cuyos supuestos abstractos implicaban —según sus originales modelos norteamericanos (entre los que destacan las influyentes banalidades mecanicistas del **Political Man** de Seymour M. Lipset)— que "los procesos rápidos de movilización social" y "el desarrollo del nivel educacional y del 'status' socioeconómico" tienden a aumentar el interés y la participación de los ciudadanos en la vida política (entendida como una ordenada democracia electoral burguesa). A un nivel ideológico más profundo, la ingenua decepción ante la manifiesta falta de concordancia entre estos procesos en el caso español revelaba quizá también el fin de la última esperanza en una pacífica y paulatina evolución del Régimen hacia los modelos políticos occidentales, por parte de los "liberales reprimidos" (López Bravo **dixit**) acampados dentro del mismo o en sus amplísimas márgenes burguesas. Desde los supuestos de este defraudado **economicismo liberal,** en algunos de los análisis sociológicos de la verificada y recalcitrante **alienación** frente a la política (en el sentido **funcionalista** del término: esto es, extrañamiento, impotencia, desentendimiento) de los prósperos entrevistados de la España en desarrollo de los sesenta, reaparece la perenne tentación liberal de explicar la "aberración" del caso español, no sólo por el autoritarismo del Régimen —o de sus clases dominantes—, sino por la propia contextura **autoritaria** de la sociedad española, o sea, de los pacientes súbditos (demostrada "empíricamente" en las encuestas por el "mayor autoritarismo" de la clase obrera —sic—, de las amas de casa y, en general, de las clases bajas y de las posiciones más periféricas y dominadas en el sistema social, en contraposición al "mayor progresismo" de las clases medias altas e ilustradas).



Franco saluda desde el balcón. Al fondo, un "liberal reprimido": López Bravo.

Pero en realidad esta sociología de la alienación política (en el sentido funcionalista) no ha pasado de reflejar la alienación (en su sentido originario en el joven Marx: es decir, la falsa conciencia) de la propia sociología, o mejor, de una cierta sociología. Sociólogos y encuestadores del franquismo traen a mi recuerdo el caso de Julianillo Hernández, hereje quemado por nuestros solícitos inquisidores, en el auto de fe de 24 de septiembre de 1559, celebrado en la plaza de San Francisco, de Sevilla. "Fue al suplicio —el tal Julianillo, ibérico paradigma del entrevistado súbdito franquista— con mordaza y él mismo se colocó los haces de leña sobre la cabeza —relata para nuestra edificación don Marcelino Menéndez y Pelayo en sus celtibéricos "Heterodoxos"—. Encomendaron los inquisidores a esta maldita bestia (prosigo con palabras del padre Martín Roa) al padre licenciado

(1) "La cultura política de la España de Franco", de Antonio López Pina y Eduardo L. Aranguren. Ediciones Taurus. Madrid 1976.

Francisco Gómez —para poner seso a su locura—; el padre le apretó con tanta fuerza y eficacia de razones y argumentos, que con evidencia le convenció; y atado de pies y manos, sin que tuviese ni supiese qué responder, enmudeció".

La originalidad de la actual revisión conjunta de los resultados de todas estas encuestas por López Pina y Aranguren es que una honesta reacción contra los sueños dogmáticos de la teoría (proburguesa y etnocéntrico-proamericana) de la "modernización política" critican la inefable tesis del autoritarismo (orgánico) de la sociedad española, para contraponerle la brutal cualidad —bien conocida por la enmudecida clase obrera— de la represión franquista. Frente a la vana tarea de la **definición operativa** de la recreada "individualidad política" de los españoles —producto, en realidad, de su avasallamiento por el propio poder—, nuestros autores ponen su énfasis, en cambio, en el análisis de los mecanismos de destrucción de la ciudadanía. En lugar de correr tras los fantasmas engendrados por el miedo, López Pina y Aranguren parten del hecho radical en la destrucción del ciudadano y en la remodelación de la individualidad política del español medio: "un pueblo, no sólo mutilado y traumatizado por la guerra civil, sino relegado por la fuerza a la condición de súbdito. Los fundamentos de la prolongada dominación franquista no se encuentran, por tanto, en ninguna reproducción a nivel político de un básico "autoritarismo" de la sociedad española, sino —piensan los autores— en una implacable "política de intolerancia con cualquier poder autónomo", asociada a la legitimación exclusiva de toda autoridad por la victoria militar en la guerra civil del treinta y seis. Estructura de poder reforzada, que no disuelta, por la distribución de beneficios y la extensión del consumismo, producidos por el crecimiento económico capitalista de los años sesenta.

La **apatía política** es así enfocada como un resultado del "miedo, la importancia y la corrupción", "bajo el peso de la dictadura y la dominación de clase". La doble consigna del **"enrichissez-vous"** —para las élites— y del **"lasciate ogni speranza"** —para las masas— resumía el proceso de envilecida reconversión del miedo, a través del cual el franquismo "de ser originalmente un régimen político —observan los autores— "llegó a convertirse en forma de vida de los españoles". Mísera forma de existencia moral dominada más que por una erótica, por una oscura pornografía del poder, a cuya consolidación no ha dejado de contribuir el pragmático arribismo de quienes a lo largo de estos años han tenido a bien confesarse "pertenecientes a una burguesía comprometida —¿cómo no?—, pero disconforme" (cita textual). En este aspecto, algunas de las consideraciones críticas de los autores permiten contraponer al (forzado) autoritarismo de las masas, fruto bendito del instaurado modelo de dominación, detectado por las encuestas —y coherente con su metodología individualista—, las **prácticas políticas efectivas** de colusión con el poder de los numerosos "comprometidos" en su beneficiosa administración, "pero disconforme" —a nivel verbal—, que las encuestas nos muestran —también de forma metodológicamente coherente— como nostágicos partidarios de la democracia y —¿cómo no?— también del socialismo.

A pesar de esta recuperación final de la razón, pulverizada por técnicas de registro de la opinión que reproducen las condiciones del propio sistema de dominación, me parece que los autores —presos quizá en una concepción en exceso académica y exclusivista de **la** sociología— comparten con todos los estudios ahora revisados una limitación metodológica fundamental: la de dejar reducidos "los instrumentos profesionales de la sociología" —como ellos mismos los definen— al análisis de actitudes a través de encuestas estadísticas formalizadas, corriendo el riesgo de confundir "la incapacidad de la sociología" con la esterilidad del **empirismo abstracto** (C. W. Mills) —inherente a la metodología del análisis funcionalista— para dar cuenta de la realidad social **concreta** y de sus conflictos.

Ultima sociología del franquismo, balance y autocrítica de la forzada banalidad de toda investigación sociológica cuando a encuestador y encuestado les ha sido arrebatada la voz y racionada la palabra, la obra de López Pina y Aranguren cierra un ciclo de impotentes esfuerzos para restablecer el auténtico diálogo con los ciudadanos, a la vez que abre una brecha para la recuperación de la racionalidad en los estudios empíricos de opinión. La reintegración inteligible del comportamiento político de los resignados súbditos del franquismo en su auténtico contexto social e histórico pasa a ser ahora un campo para las pretensiones totalizadoras de la historiografía. Pero **la Historia,** la verdadera y reprimida totalidad concreta, sólo volverá a ponerse en marcha contra la alienación cuando —como recordaba hace poco Jesús Ibáñez desde "Cuadernos..."—, recuperan plenamente la palabra todos los que la perdieron en una primavera de triunfo —fatal o fortuito, pero implacable— de la dialéctica de los puños y las pistolas al servicio del poder. La lucha contra la alienación política pasa por la devolución de la palabra al pueblo, o más correctamente, por dejar de arrebatársela. Pero ese es también un nivel de la libertad concreta que todavía hay que reconquistar. ■

La venganza

RECUERDAN ustedes?... Durante decenios nos repitieron el augurio: En cuanto esto cambie, en cuanto se aflojen los tornillos, las masas populares desencadenarán un aluvión de venganzas.

Con esto se pretendía paralizar, por el miedo, a muchos de los que deseaban cambios, por mínimos que fueren. Y no puede decirse que, al menos durante bastante tiempo, no lo consiguieran.

Huyendo de las ideas, el viejo régimen engendraba mitos. Este de la venganza popular era uno de sus preferidos. Y que, como tantos otros, se ha derrumbado al primer soplo de aire nuevo.

Pues, ¿qué vemos hoy? Si bien sería puro espejismo de sediento afirmar que vivimos en una democracia plena, es evidente que los tornillos se han aflojado. El pueblo —y empleo el vocablo en su acepción más lata— está en la calle, expresando sus ansias democráticas en la vía pública, agrupándose según sus preferencias. Clima suficiente para las venganzas si realmente existiera voluntad de ejecutarlas. Pero ni una sola se ha producido en ningún sector ciudadano, en ningún pueblo de España. Ni manifestantes ni congregados en ninguna concentración democrática han cometido la más leve agresión. En toda circunstancia, las masas están mostrando un gran sentido cívico. Las violencias que lamentamos parten de otras latitudes, antípodas de las populares.

Los profetas de una catastrófica vuelta a la tortilla, decían basar sus augurios en los excesos y barbaridades cometidos por una parte de las masas antes de la guerra y en la guerra. Omitían que, en el fondo, y casi siempre en su motivación más inmediata —hablo de los reales, no de los que tenían su origen en oscuras maquinaciones inlocalizadas— eran hijos de la exasperación. Exasperación popular ante la intransigencia sin ojos ni oídos, frente atentados y sarracinas. Omitían igualmente —esto probablemente ni lo advirtieron, pues quien no evoluciona es propenso a creer que los demás siguen también en el mismo sitio— que, en todo caso, tales hechos correspondían a un estadio de la mentalidad de las masas populares en aquella época. Estadio que han dejado atrás.

Olvidaban el tiempo..., ese factor de permanente cambio. Imperceptible, mínimo casi siempre, pero constante.

En estos años pasados, oyendo a los agoreros, me he acordado más de una vez de aquel vecino de Teruel que encontramos a la puerta de su casa cuando, en los útimos días de 1937, entramos en la ciudad por la cuesta de San Julián. Llorando silenciosamente, nos miraba pasar. A su lado, una vieja —su mujer sin duda— nos gritaba desgarradoramente que le habían fusilado a dos hijos y que los culpables estaban en Zaragoza.

—No se preocupe usted, buena mujer, que después los vengaremos —le dijo un soldado nuestro más apasionado que reflexivo.

—¡Después, después!... —murmuró el marido secándose las lágrimas. ¡Si tan largo me lo fiáis!... Después pasará el tiempo... Sobre los hombres y sobre este país. Después... será otra cosa.

Y, efectivamente, es otra cosa. Como la historia es siempre: otra cosa. Aunque ese otra cosa lleve una carga de pasado y esté condicionada por él en mayor o menor grado, más o menos directamente. Eso depende de lo que hagan los hombres, de su voluntad renovadora.

Ha pasado un año... y no ha habido venganzas individuales. La que se ha vengado es la Historia. Con esta magnífica eclosión democrática que vive España.

Hoy tenemos un pueblo con abultados defectos y grandes virtudes que vienen de sus modos anteriores de existencia. Un pueblo en el que ha cambiado considerablemente la correlación de fuerzas sociales. Un pueblo que ha vivido una trágica experiencia histórica, que no quiere volver a vivir, y que ha originado que hasta muchos que no sentían ningún gusto por la libertad —sin duda por apenas haberla catado— comprendan ahora el valor que tiene. Un pueblo en el que han penetrado, poco a poco, los anhelos de reconciliación nacional y el rechazo de toda idea de revancha. Un pueblo deseoso de dirimir los inevitables conflictos de intereses e ideas por vías democráticas, civilizadamente.

Que no frustren este gran momento español los que, a pesar de toda la experiencia histórica, sueñan con detener la vida... En la España de hoy, la convivencia y la paz serán perfectamente posibles en la libertad para todos.

Sin que la gente se diese muy exacta cuenta de ello, el mito de la venganza popular ha sido enterrado, hace bastante tiempo, en la tierra española.

Bajo los muertos. ■ **JESUS IZCARAY.**